

Un Marqués del antiguo cuño

CUANDO el siglo dieciocho promediaba, cierto Marqués vivía en nuestro suelo, que las ideas y usos conservaba que le legó su castellano abuelo: quiero decir que la mitad pasaba de su vida pensando en irse al cielo: viejo devoto y de costumbres puras, aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas, que él hubiera mirado cual delito el que se hablase de francesas modas, o a París se alabase de bonito. Sobre la filiación de casi todas las familias de Chile era perito y de cualquier conquistador la historia recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto, aducía argumentos con destreza para hacer verosímil su concepto de derivar de reyes su nobleza. Nosotros hoy llamáramos inepto al hombre que albergase en su cabeza de loca vanidad tales vestiglos; mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua alarde hacer de pretensión tan loca, porque él era muy rico, y ¿a qué lengua no hace callar tan fuerte tapaboca? En vano contra el oro se deslengua un moralista, y su valor apoca: lo que yo siempre he visto desde chico, es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones visitaba el Marqués por el verano, ejerciendo en sus siervos y peones la amplia jurisdicción de un soberano; y luego a los primeros nubarrones que anunciaba el invierno cano,

exento de molestias y pesares, tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario en que sonaban cajas y cohetes, ora un procesión con lujo vario de arcos triunfales, música y pebetes, de admiración llenaba el vecindario, y daba a las beatas y vejetes para conversación fecundo tema, en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa, dormía hasta las ochos este magnate: en su oratorio lo decían misa, y tomaba después su chocolate.

La comida a las doce era precisa, y la siesta después, y luego el mate, y tras esto, por vía de recreo, iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo llama a Escuela de Cristo al campanario el Marqués y los suyos dan ejemplo de infalible asistencia al vecindario. Si no hay distribución, ya le contemplo rezar con la familia su rosario, y luego ir a palacio diligente, para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide, sin propasarse un punto de esta hora, y vuelto a su mansión, la cena pide, porque ya el apetito le devora. Con su cuerpo en seguida un lecho mide, donde cabrían bien sus cuatro ahora, y viniéndole el sueño dulce y blando, a las once el Marqués se halla roncando*.

**El Campanario* (canto primero), en *Obras Escogidas*. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1921, págs. 7-9.